

Sobre la posibilidad de una filosofía de la historia regional

On the possibility of a philosophy of regional history

Luis Ignacio Vivanco Saavedra Universidad del Zulia Maracaibo - Venezuela

Resumen

La filosofía de la historia tiene muchas vertientes. Una de ellas reflexiona sobre las causas y el significado de los hechos históricos, y toma en cuenta lo relativo al rol de los individuos en la historia, y lo que tiene que ver con los grandes imperios, culturas y periodos históricos. A la luz, pues, de tal filosofía de la historia, y teniendo en cuenta la existencia de la historia regional como género dentro de esa disciplina, el presente texto examina la posibilidad de una filosofía de la historia regional, y las características que ella podría tener.

Palabras clave: filosofía de la historia; historia regional; filosofía de la historia regional.

Abstract

Philosophy of history has many currents. One of them reflects on the causes and meaning of historical facts, and takes into account that which is relative to the role of individuals in history, and what pertains to great empires and historical eras. In view of such a kind of philosophy of history, and considering the existence of Regional History as a genre belonging to that discipline, this text examines the possibility of a philosophy of regional history, and the characteristics it would have.

Key words: philosophy of history; regional history; philosophy of regional history.

I

Las presentes líneas nacen de reflexiones surgidas en el transcurso de los semestres en que impartí cursos de *Historia Regional del Zulia*, hacia 1992, en la Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt. Estos estuvieron entre los primeros cursos que se dictaron sobre historia regional en el estado Zulia a nivel superior. En consecuencia, elaboré el programa para dicha materia, sin prácticamente ningún insumo o modelo previo, más que lo aprendido en mi carrera de Educación en Ciencias Sociales, específicamente, en historia¹.

A lo largo de esas clases fueron desplegándose varias cuestiones que luego, en contacto y discusión con los estudiantes, se hicieron más complejas, y que se relacionaban con temas de historiografía, teoría histórica, y especialmente con el ámbito de la filosofía de la historia. Desde ese momento surgieron en mí varias preocupaciones y problemas relacionados con planteamientos de la historia regional, algunos de los cuales presento en estas líneas, así como he abreviado otros que, aunque aceptables, merecen en rigor ser explicitados de manera detallada. Sin embargo, como mi intención aquí es la de replantear estas cuestiones a modo de ensayo, no he querido sino indicar los caminos que pueden seguirse en esta reflexión, y que, en mi caso, llevaron a lo que luego expondré.

El mérito de estas líneas probablemente no será el de llegar a algo concreto y específico, sino el de abrir una perspectiva que, hasta donde he podido ver, ha sido poco explorada, que es la de aplicar algunas inquietudes de la filosofía de la historia al planteamiento teórico de la historia regional, o dicho de otra manera, trasladar preocupaciones pertinentes a la filosofía *sobre* la historia (Filosofía de la historia) a una reflexión filosófica sobre la historia regional.

II

Lo que se conoce como filosofía de la historia se ha establecido tradicionalmente, entre otras cosas, como una reflexión sobre las posibles causas finales de los acontecimientos históricos. Se trataría de una investigación que correspondería al ámbito de una teleología de lo histórico, la cual puede quedarse en lo inmanente o centrar su *telos* en lo trascendente, o abarcar ambas cosas.

Pero además, el filosofar sobre lo histórico se ha desenvuelto comúnmente como un pensar sobre el posible significado de la historia, sentido que se refiere a la búsqueda de un orden, un *logos*, un cierto *sentido* de lo histórico, que nos explique el por qué de los acontecimientos, no tanto desde un punto de vista inmediato como desde uno mediato, es decir, no tanto desde un sentido actual y

presente de los acontecimientos y la cotidianidad, sino desde una distancia, desde las consecuencias de esos acontecimientos a largo plazo. Existiría así un sentido de lo histórico que no se hallaría tanto en el presente, sino en el porvenir proyectado por el presente. Ese porvenir o futuro es visto como fin o destino de lo historiable.

En este sentido, una filosofía de la historia puede también considerarse concomitante con una metafísica de lo histórico (en el sentido de un pensar sobre el ser de los elementos que componen lo histórico), o como una reflexión paralela y hasta sinónima de dicha metafísica².

Ahora bien, esta reflexión sobre un posible sentido de la historia, casi siempre se ha expresado con relación al ámbito de la historia *universal*, es decir, aquella historia escrita que quiere abarcar las realizaciones más determinantes del ámbito humano. También ha habido una relación entre la reflexión filosófica y los estudios de tipo biográfico. Dicho de otra manera, ha existido una reflexión filosófica de *lo general* en la historia - Historia Universal - y de *lo particular* en ella: lo biográfico.

Notables en el primer género han sido las reflexiones de Ranke, Droysen, Burckhardt y Dilthey, entre otros, así como las agudas observaciones de Spengler, Toynbee, en el siglo XX, y las más recientes de Huntington y Fukuyama, ya cercanas a nuestro siglo. En la consideración de las ideas que sugiere el segundo género, el biográfico, pueden destacarse obras como las de Plutarco y Carlyle³.

Pero en la biografía se tratan un conjunto de aspectos, algunos de los cuales son demasiado personales, o incognoscibles, como para permitir una mayor aplicación deductiva y comparativa de aquello estudiado con otros objetos de estudio semejantes. Podría pensarse que, aparte de la esfera moral y la psicológica, no queda mucho en lo biográfico para el aprovechamiento de una aproximación netamente histórica a la realidad.

Pues la realidad que vivimos, aunque es vivida individualmente, es una realidad hecha por un colectivo. Y así como el individuo conserva su propio valor microcósmico frente a un colectivo y una totalidad, esta totalidad colectiva también tiene un valor y una significación que, si no eludidas, pueden quedar mal percibidas si nos instalamos en la mera perspectiva individual. De hecho, la esfera individual es tan inagotable y misteriosa, que a menudo parece más sencillo explicar la totalidad social (la realidad de muchos seres humanos) que la existencia individual (la realidad de un solo individuo). Curiosa paradoja: sería más accesible dar cuenta de lo que han hecho y vivido muchos hombres que de lo que ha hecho uno solo

de ellos; explicar un bosque sería más fácil que explicar este árbol frente a mi. La tarea de Plutarco, expresada en su proyecto de las *Vidas Paralelas* parecería así estar condenada desde el principio a la derrota. Restaría en cambio apegarse al viejo principio de juzgar a cada persona y personaje en su circunstancia, que es lo que más se puede acercar a un juicio justo y próximo a la construcción de una verdad útil.

Ahora bien, entre el ámbito de lo histórico-universal y el de lo biográfico-singular (o biográfico-individual), media uno que, estando dentro de lo histórico, corresponde a aquella parte del acontecer histórico que supera lo personal abarcado en lo biográfico, pero no alcanza a lo universal o lo general abarcado en la historia universal, o aun en las historias nacionales. Podríamos llamarlo *el ámbito de lo local*, y en historia se le incluye dentro del ámbito histórico regional.

Dentro de ese ámbito se estudian los acontecimientos⁴ que se dan en las comunidades básicas que componen una totalidad, ya local, ya supralocal, ya específicamente regional. La historia así elaborada se caracteriza por un método ejercitado desde dentro de las estructuras que se analizan, partiendo fenomenológicamente de los hechos que producen el contenido histórico regional. Desde dentro, porque la estructura de lo regional aporta desde sí misma los elementos que permiten construir su conocimiento.

No me refiero aquí tanto a los elementos metódicos de la historia regional, los cuales -como siempre han de ser aprendidos formalmente. Se trata de los hechos mismos, del material del que está hecha la historia regional, y con el cual se ensambla el contenido de sus textos. Éste se recoge de las experiencias, vivencias, y realidades próximas a los individuos que las producen, las experimentan y las viven, es decir, de la cotidianidad; surge entonces más clara la diferencia entre el contenido de la historia regional y aquél del que está hecha la historia universal, el cual se encuentra desperdigado en la totalidad, indefinido en sus relaciones, y debe ser abstraído de ella.

Dicho de otra manera, en la historia regional, los contenidos históricos que se aprenden están directamente relacionados con el entorno de quien los aprende (el terruño, la ciudad, el pueblo, el vecindario, el sitio conmemorativo, etc.)⁵, mientras que en la historia universal, y aún en la historia nacional, los contenidos aprendidos son abstractos, generalmente lejanos a la experiencia de los aprendientes, que rara vez se acercan a lo que en ellos se contiene.

La historia regional lee su contenido en lo que está próximo y presente a sus protagonistas, mientras que la historia universal y la nacional lo hacen entre líneas, estableciendo relaciones entre protagonistas que tienden no a contenerse en un espacio y ámbito

común, sino precisamente a desligarse de esas relaciones de comunidad para perseguir fines propios, aprovechando o canalizando los diferentes ímpetus de la totalidad. Aunque una aldea, un microterritorio, o un terruño puedan poseer una concreción muy evidente para quien los percibe como propios, lo nacional, y mucho más aún lo continental y lo mundial, no poseen esa misma concreción.

La abstracción y la síntesis, pues, son características concomitantes con lo histórico universal, y la concreción y el análisis lo son con lo histórico regional. De allí que la realidad local y regional sea más fácil de *imaginar*, más accesible a nuestras mentes: porque está constituida de nuestra experiencia cotidiana y cercana. ¿Puede aquí vislumbrarse un filón de aprovechamiento para los métodos de enseñanza de la historia regional en colegios y universidades? Algunos colegas me han mencionado el rechazo de los alumnos a tal estudio, el cual ven como repetitivo y rebuscado, más de lo mismo como suele decirse (y lo cual hace referencia a que ya existe una resistencia por parte de un nutrido estudiantado al estudio de la historia).

Pero enseñar lo regional, y lo histórico regional consiste precisamente en aprovechar lo concreto y cercano a la experiencia del estudiante, en su propio medio, terruño, vecindario, para que alcance uno de los más importantes objetivos de toda educación que se precie de tal nombre: el de ver las cosas cotidianas con nuevos ojos.

En este caso, dicha perspectiva podría enseñarnos a vernos a nosotros mismos, *en nuestro terruño, nuestra localidad, nuestra ciudad, nuestra región*, de nueva manera, informándonos de cuales son nuestros orígenes y raíces, a través del análisis de nuestras costumbres, nuestro modo de alimentación, las historias familiares, los testimonios orales, etc. Así se le estaría enseñando al alumno no algo lejano y abstracto, sino algo concreto y cercano a él, su propia realidad. Es posible que después de dicha aproximación no sería igual la apreciación del alumno por su realidad⁶.

Quizá esta sea mayor, o quizá sea una apreciación conflictiva y problemática, pero sería una aproximación sobre bases más firmes y reales, y sobre la cual cada aprendiz ha de construir su respuesta. Así como han de construirse actitudes ante cada verdad que la vida nos pone por delante.

Sintetizando y parafraseando un tanto las ideas de Juan Bautista Vico, así como lo que mejor podríamos saber es lo que hemos hecho (por lo cual, para ese célebre autor, la historia tiene mayor carácter de ciencia que la física o la botánica), lo que mejor podríamos saber en historia es lo relativo a lo más cercano: lo que vivimos y donde vivimos, es decir, lo relativo a nuestra patria chica, nuestro terruño.

Qué triste y que absurdo, entonces, que la historia regional -así como la Geografía regional- puedan tener más dificultades en su enseñanza que la historia nacional o la universal, cuando debería ser precisamente lo contrario.

Y aun admitiendo y defendiendo la prioridad de lo nacional y lo universal sobre lo local y lo regional, hay que puntualizar diciendo que no se trata de preferir esto a aquello o viceversa, sino de insistir en que la historia regional tiene su propio lugar en la formación de un ser existencialmente conocedor y explorador de sus raíces. Y éstas raíces son primeramente locales y regionales, y después nacionales.

En este sentido, creo que pueden tomarse indicaciones para una mejor didáctica de lo histórico, en el caso de lo histórico-regional que, por las características planteadas, podría y debería ser enseñado en las primeras etapas del proceso educativo, junto con lo histórico nacional y lo histórico universal, que requieren mayor capacidad de síntesis y abstracción. Se trata, pues, de estudiar y explicar lo nacional *desde* lo regional y lo local. Y es absurdo que haya educadores que se quejen de la dificultad de enseñar la historia regional frente a la historia nacional o universal.

Precisamente es la primera, la historia regional, la más accesible a las mentes de las personas y de los niños, porque es la historia de *lo que nos rodea directamente en nuestra circunstancia local y cotidiana*. Otra cosa es que los educadores no sepan cómo hacer más imaginativas o creativas sus actividades de enseñanza.

Pero ya plantear este problema sugiere todo un campo de trabajo para esa creatividad del educador, que debe abocarse a despertar en sus alumnos, desde la base de la existencia de cada uno de ellos en el suelo de su patria chica, los sentimientos de interés, estudio, conocimiento, reflexión y amor por esa patria, como imaginativamente la llama el historiador regional mexicano Luis González⁷; sentimientos y actividades todas que son necesaria base para poder pensar, interpretar y amar una nación y un mundo mayor, universal, al cual nuestra pequeña patria local necesariamente pertenece. Pues difícilmente podrá comprenderse o quererse a la patria y al mundo si no se conoce o se es indiferente al propio terruño.

III

Ahora bien, más que intentar definir lo regional, tarea que exigiría un tratamiento aparte, prefiero, asumiendo las muchas connotaciones que existen de ese término, aún entre los muchos historiadores regionales, hacer algunos señalamientos acerca de las implicaciones del término regional.

Dicho término puede entenderse generalmente como lo que corresponde al subconjunto de un todo en relación a sí mismo. Esto nos ayuda a imaginarnos mejor la idea de lo regional, pero no deja de tener un aspecto ambiguo que elude la clarificación del término. Y esta ambigüedad se muestra cuando comúnmente se nombra lo regional en noticias y comentarios (conflicto regional, pacto regional, etc.) en cuyo caso el término región se refiere a alguna nación o grupo de naciones, mientras que en otros casos lo nacional se presenta como opuesto a lo regional. Podría darse una mejor perspectiva de este problema si se afirma que lo regional se constituye en el nexo de interés que una sociedad muestra hacia un espacio determinado, con el cual y desde donde construye relaciones de pertenencia y arraigo.

Dicho de otra manera, lo regional estaría constituido por las relaciones de un grupo de habitantes con algo concreto que es el espacio geográfico en que viven y en el que realizan sus actividades y tienden los lazos de sus múltiples intereses, sin injerencia de instancias políticas supralocales intermediarias⁸. Dicho grupo humano determinaría la calidad de esas relaciones en, y a través de, una temporalidad. Esta afirmación implicaría pues, que el tiempo no es continente existencial del hombre y que signa a éste, sino que es el hombre quien da sentido y signo al tiempo al manejarlo, utilizarlo, y asignarle valores, ganancias y pérdidas.

De allí que no sólo haya una distinta experiencia de la temporalidad en la ciudad y el campo, en el centro de la ciudad y en sus suburbios, en los pueblitos y en las grandes urbes, sino que además puede derivarse la distinta *significación* que adquiere el tiempo, diario, semanal, mensual y anual, en unos y otros espacios. Un tiempo que, trenzado en hitos como nudos temporales en los terruños (ferias, fiestas, celebraciones, conmemoraciones, etc.), en las grandes ciudades superpobladas (y aún en las comunidades subpobladas o aisladas) se va desatando y desanudando, diluyendo, disolviendo, y va soltando al hombre de su nexo con la existencia, que es, entre otras cosas, un nexo temporal⁹.

Esto nos muestra que el hombre usa el tiempo para valorar las cosas, o dicho de otra forma, que el valor que el hombre asigna a las cosas puede estar expresado también por una relación con lo temporal. Y esta valoración traduce, en el caso de la historia regional, un nexo y un crecimiento mutuo entre el hombre y su espacio geográfico. Por oposición, una destemporalización de nuestra actividad, de nuestra vida, no sólo afloja los nexos con el tiempo y con el entorno espacial cercano, sino con nosotros mismos. Estas últimas conclusiones sólo pueden aquí ser apuntadas, pues su desarrollo exige un tratamiento más detallado que excede la naturaleza del presente ensayo.

Así, los hechos de la historia regional se diferencian de los de la historia universal, así como de los de las historias nacionales o de macroconjuntos, en que el acceso a los mismos se produce desde las experiencias directas de quienes pertenecen al entorno en que ocurren, mientras que los hechos macrohistóricos se dan desde una mediatez propia de la amplitud de lo que se objetiva como conocimiento histórico universal o nacional.

Puede aquí entonces observarse un principio que consiste en un alejamiento de la objetivación de aquello que se incorpora como conocimiento histórico, en la medida que lo incorporado se adscribe a una totalidad mayor y compuesta heterogéneamente de particularidades. En cambio, en la aproximación analítica a las mismas particularidades, la objetivación es mayor.

Dicho en otros términos, mientras más grande es el objeto, el conjunto social, que se estudia y se historia, más lejano y abstracto aparece aquello que se plantea como cualidades conocidas de ello. Y al revés, mientras más pequeño es el objeto que se estudia y se historia, más cercanas y concretas aparecen las características, cualidades, y noticias, que son incorporadas como conocimiento de ese objeto. Desde luego, esta característica no constituye un principio que exclusivamente se da en lo histórico, sino que puede ser observado y experimentado en otros casos de construcción de conocimiento.

En el caso de la historia de lo regional, ésta sería una historia vista, como en páginas anteriores se ha dicho, desde dentro, desde la concreción, por los mismos participantes de ésta, y no una historia desde fuera, desde la abstracción de lo nacional, lo continental, o lo universal (aunque no dejando de guardar relación con esos planos).

Ahora bien, parece claro que esta concreción de lo regional ayuda a clarificar los términos de su naturaleza. Lo regional, y sobre todo lo local, no son algo que tiene que ser imaginado o representado, sino que *está ahí*, frente a nosotros, en la calle, en el acento de mis vecinos, en sus comidas, sus casas, sus modos de ser. Y sin embargo, esa concreción no facilita las cosas.

Porque comúnmente, ella es obligada a entrar en unos moldes formales por estructuras supralocales, aunque la estructura local misma suele adaptarse y ajustarse consigo misma y con su medio, sin necesidad de intervenciones de otros. Pero las estructuras mayores, las nacionales o aún las continentales, toman decisiones y establecen principios que son aplicados a las estructuras locales y regionales. Y así sucede que los hechos comúnmente conceptuados como históricos se tienden desde una generalidad y desde lo no percibido, hasta nosotros. Por ejemplo, para los venezolanos, los efectos del 5 de julio

de 1811, de ese hecho particular que llamamos Declaración de Independencia, fabricado a partir de la suma de múltiples hechos particulares, se extienden espacial y temporalmente hasta cada ciudad de la actual Venezuela: Maracaibo, Coro, Puerto Ordaz, etc. El pasado tan lejano en el que se realizó ese hecho, es, desde luego, no percibido. Sólo poseemos los testimonios formales del mismo. Pero a la vez, la misma realidad estructurada que a través del tiempo se ha constituido como un ente sociogeográfico llamado Venezuela, y que es producto de ese pasado, es de alguna manera una cosa lejana o mediata, confundida en nuestra mente con personas o con un territorio o un mapa. No es algo, en todo caso, claramente evidente a la mente, ni menos a la sensibilidad.

Sólo percibimos pedazos de Venezuela, fragmentos de lo venezolano, y ello, si nuestra sensibilidad ha sido adiestrada para reconocer esos pedazos y fragmentos. Inducir de esos fragmentos la totalidad, como toda inducción apresurada o forzada, es ir por muy mal camino.

Por otro lado, la presencia de lo nacional, como la de los parentescos, está sostenida por ciertas estructuras mentales y por la costumbre. Eso no significa que no tengamos conciencia de vivir en un medio propio y específico, sino que esa conciencia dependerá del modo especial en que se nos eduque con respecto a ella, además del hecho de contar con elementos controladores externos que certifiquen esos símbolos, como los documentos de identidad o los hoy elusivos pasaportes.

Por eso, tanto el ser patrióticos como el ser antipatrióticos tiene algo de antinatural. Siendo en sí el amor a la patria algo abstracto (el amor) sobre algo abstracto (la patria), quererla u odiarla es más el querer o el odiar un concepto, una idea, que querer u odiar realidades tangibles. Otra cosa es que amemos estas montañas, estas llanuras, estas selvas, estos ríos, y los llamemos Venezuela, pero el nombre no es la cosa nombrada.

Sin embargo, en la vida común estas ficciones funcionan convencionalmente de manera bastante eficiente, mientras se permanezca en un nivel superficial. El problema viene cuando se profundiza, cuando se interroga qué es una patria, qué significa querer una patria y cómo se hace eso; El medio local, regional, el terruño, no generan tanto este problema: son demasiado patentes a la conciencia que, como realidades; *están allí*. Lo local *es* la realidad. No una realidad general, nacional o aún universal, que está sobre el individuo como gigantesca burbuja invisible, sino una realidad que está en todo lo que le accede tangiblemente en su cotidianidad y su rutina, al

caminar por su vecindario, por sus calles, y por los espacios públicos y privados de la vida de cada día.

Como todo lo que nos hace humanos, esta relación que tenemos hacia las cosas y el medio que nos rodea, es aprendida (así se nos enseñe formalmente o no), y aprendemos el cuidado del entorno, o el interés o el odio o la indiferencia hacia él. Un aprendizaje elaborado por el tiempo a través de la costumbre.

Pero mientras que las estructuras supralocales -lo nacional, lo continental, lo mundial- son apuntaladas por la tradición histórica, el sistema educativo, y las otras estructuras políticas cuyo fin es cohesionar la totalidad inscrita como Venezuela, las estructuras locales son apuntaladas por la convivencia. Así, las primeras contrastan, a veces agudamente, con las percepciones cotidianas de cada uno de nosotros. Por ello sucede que lo local y regional sea percibido como más auténtico por los individuos, que lo nacional o lo universal, que suelen ser vistos como ámbitos más postizos y artificiales. Desde luego, esto no sucede en Venezuela solamente, sino que es el caso prácticamente de todas las entidades nacionales de nuestro mundo.

Pues cada lugar posee su intrahistoria, no necesariamente paralela, concordante o concomitante con la Macrohistoria de una totalidad en la cual, además, existen otras localidades con su respectiva intrahistoria¹⁰. Pero el ámbito nacional, aun estando hecho de un conjunto de intrahistorias, no es el resultado de la suma de stas, pues lo nacional es, precisamente, un fenómeno que asume un carácter totalizador y sintetizador y por encima de lo intrahistórico, en la medida que eso, lo nacional, estructurado como un todo o conjunto organizado, determina unas relaciones de dominación sobre la parte subordinada en la cual ocurre lo intrahistórico.

Lo nacional no está hecho de lo intrahistórico, sino que más bien es la superación y puede expresar la trascendencia de lo intrahistórico. Si bien lo local pocas veces puede ser explicado por lo nacional (por ser su explicación principalmente dependiente de las variables y elementos que contiene), lo nacional puede empezarse a explicar por las síntesis de lo local.

Lo histórico local no es algo solamente subsumido o incluido en lo nacional, sino que posee una suerte de vida propia, y muy viva, aunque puede ir paralela a lo nacional e inclusive a veces -como en el caso de los terruños de Trujillo en 1814, o Ciudad Bolívar en 1819 o Ayacucho en 1824- se conecta con lo nacional, lo continental, y aún lo mundial a través de un hecho coyuntural que enfoca la atención histórica sobre esa pequeña tierra, como expresando la potencialidad del protagonismo universal que subyace a toda localidad, un

protagonismo afín al de las individualidades que en el acontecer histórico se destacan por encima del colectivo.

A modo de conclusión

Las presentes líneas, como en algunas partes habrá podido verse, son sólo una incursión inicial en un tema que da para más reflexiones y elaboraciones. De todo lo apuntado, queda la posibilidad de realizar varias afirmaciones. Una, que es posible una filosofía de la historia regional. Otra, que dicha filosofía tiene muchos aspectos temáticos que pueden explorar distintos problemas microhistóricos desde las perspectivas de corrientes filosóficas que aportan sugerencias para el tratamiento del hombre histórico-regional, y las particularidades y complejidades de su condición humana.

Corrientes como el existencialismo, por ejemplo, pueden aportarnos una visión del hombre no sólo como sujeto de los extremos entre una macrohistoria global y una microhistoria individual, sino también en tensión por el *tertium quid* del ámbito local, que posee su propia prioridad y fuerza sobre nuestras vidas. Así pues, el pensamiento filosófico de lo histórico no tiene por qué limitarse a una reflexión de lo histórico netamente general y universal, como generalmente se ha concebido, sino que puede aportar orientaciones e ideas que contribuyan al trabajo de la historia regional. Por ello es que se ha querido aquí indicar caminos para seguir pensando lo planteado, pues puede que no sean tan nuevas las presentes ideas, aunque en la revisión sobre el tema, no hallamos nada con relación a un pensamiento filosófico sobre la historia regional.

Ello es más bien un acicate para continuar la presente reflexión, si no por otras razones, por estas dos: que es una reflexión que, hasta donde sabemos, no ha sido hecha en nuestro medio, y además, es conveniente hacerla, toda vez que definir las relaciones existenciales e históricas (micro y macrohistóricas) que cada uno tiene con el mundo en que vive, es una tarea que nos ayuda a vivir mejor, más sólidamente en el mundo. He escrito sólidamente, y en seguida me asalta el temor de la ironía: ¿qué puede haber de sólido en la fragilidad humana?

Quizá una respuesta a lo anterior es que lo único sólido es aquello que reúne la intención, la voluntad y la esperanza, y ello es el esfuerzo: Aunque las raíces de cada hombre en la existencia sean débiles, afectadas por la contingencia, ello no nos exime de la tarea de conocer esas raíces, que se dan en la pluralidad de la gran historia del mundo y en la pequeña historia de lo cercano y del terruño. Sólo así podemos hacernos más humanos.

Bibliografía

1. GONZÁLEZ, Luis: *El oficio de historiar*. El Colegio de México. México, 1988.

Notas

1 Además de esto, estuvieron las orientaciones y consejos de colegas como el prof. Fernando Ferrer, cuya ayuda fue invaluable en el estudio y preparación de mis materias durante esos años.

2 De allí que en el conocimiento popular muchas personas suelen preguntar a los historiadores cosas como hacia dónde nos lleva la historia, lo cual presupone un fluir de lo histórico, en el cual nadamos todos, pueblos e individuos, como troncos en un río por el cual *somos llevados*. No hay ni que decir que los presupuestos metafísicos de un planteamiento así (= ¿Qué *somos* los pobres humanos en la existencia, sino *llevados*?) es temible, así la meta final sea la más feliz (el cielo, la raza superior, o la igualdad robótica y uniforme de todos los hombres en el proletariado).

Qué temores deben alentar en ellas, las almas humanas que prefieren encargar su destino a *algo* que las conduce, en vez de, asumiendo toda su fragilidad y limitación, su pequeñez e insignificancia en el universo, tomar el rumbo de su vida y de su historia.

3 Pueden señalarse además las obras de varios autores que, en su amena profundidad llegan hasta lo filosófico, entendido en este caso como la inquietud que desata preguntas que no siempre pueden responderse (y que de hecho, estos autores a veces las dejan como interrogantes abiertas en sus obras). Algunos de estos autores son Emil Ludwig, Giovanni Papini y André Maurois.

4 He obviado aquí expresamente el uso del término *proceso*, no sólo por tratarse de un término ya marcado y técnico para muchos historiadores (especialmente los más científicos), sino porque en el mismo está involucrada ya la idea del transcurrir histórico, como un *ir hacia delante* (Cfr. latín *pro-cedere*, afín a *progredior*, de donde viene progresar).

Se trata de una connotación que introduce un prejuicio optimista y hasta romántico con relación hacia la historia, al punto de que se llega a pensar que cada nuevo tiempo es mejor que el anterior, y que lo mejor nos aguarda en el futuro.

Está de más decir la clase de inmensos y numerosos males y perversiones –sin beneficios compensatorios proporcionales– que dicha mentira, desde distintas ideologías, ha hecho a la humanidad.

5 Todos ámbitos que han sido denominados matrias por Luis González y González, destacado exponente mexicano de la historia regional. Es oportuno mencionar que en México se ha constituido una avanzada escuela de historia regional, en la cual sobresalen, además de González (*El oficio de historiar*. El Colegio de México, México, 1988), intelectuales como Luis Villoro, Carlos Pereyra, y otros.

6 Lo dicho no significa que el estudio de lo regional obvie la relación de éste ámbito con el contexto nacional o mundial, sino que se trata de niveles de análisis complementarios.

7 Cfr. nota anterior.

8 Recuérdese a este respecto, que regional proviene del latín *rego*, de donde vienen nuestro regir, rey, y el verbo regular, todos términos que connotan la idea de poner reglas, términos o límites a algo, límites que controlan o gobiernan. Quizá la instancia espacial sea la primera en la cual el hombre y muchos animales intentan poner su control. Los humanos han tenido más éxito con esta instancia, que con el tiempo y por supuesto, la existencia.

9 Esto que se acaba de decir puede ser mostrado en gran cantidad de ejemplos, pero uno de los más dramáticos creo que se evidencia en que las personas que pierden vinculación con un terruño en el cual poseían una participación especial, al migrar a grandes urbes, suelen inclusive desvincularse de la celebración de cosas tan propias como su mismo cumpleaños.

Y tomo este ejemplo, porque se trata de algo muy personal, no necesariamente ligado a un sentimiento patriótico o religioso (fiestas de santos, procesiones, fiestas patrias, etc.), que también de hecho se van desligando de la propia experiencia temporal del emigrante. En algunos ambientes administrativos y políticos de altas esferas, y de trabajo intenso (lunes a domingo, con disponibilidad a toda hora) ha sucedido inclusive que hay que recordarles (¡por memorandum!) a quienes se desempeñan en ellos, que el día tal, o que mañana, o que hoy, es navidad, o año nuevo...

10 Aludo con este término, a historias (o pequeñas historias o microrhistorias) de ciudades, municipios, distritos, provincias, etc., que se dan dentro de la gran historia de un país o un continente.